

MESA REDONDA

CORRIENTES Y DIMENSIONES POLÍTICAS EN CHILE

Comentarios al estudio de Roberto Méndez*

**Lucía Santa Cruz,
Manuel Antonio Garretón y
Mark Klugmann**

*Lucía Santa Cruz:***

1. Reflexiones generales respecto del surgimiento de nuevas dimensiones en la política chilena

El trabajo de investigación realizado por el Centro de Estudios Públicos pretende aportar evidencia empírica a la hipótesis, que desde hace un tiempo se ha venido planteando en forma más bien intuitiva desde varios ángulos y diferentes prismas, y que nos señala, en lo fundamental, que existirían nuevos temas, nuevas dimensiones, nuevos *cleavages* o fracturas en la sociedad chilena; que éstas atraviesan las categorías convencionales de izquierdas y derechas con las que se ha analizado tradicionalmente la política chilena, y que ellas podrían, eventualmente, influir significativamente las preferencias políticas de los ciudadanos.

******Versión escrita de los comentarios formulados al trabajo de Roberto Méndez: "Nuevas dimensiones en la política chilena" (véase *supra*, en esta misma edición), en seminario organizado por el Centro de Estudios Públicos el 22 de octubre de 1991.

B. A. en Historia, Universidad de Londres. M. Phil. Oxford University. Consejera del Instituto Libertad y Desarrollo. Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Jurídicas y Morales del Instituto de Chile. Profesora en la Universidad Adolfo Ibáñez.

Ahora bien, el hecho de que nuevas dimensiones aparezcan con un papel protagónico no significa necesariamente que estemos frente a conflictos esencialmente nuevos que han venido a reemplazar a aquellos que hasta no hace mucho determinaban las diversas opciones políticas. Es igualmente posible que la superación de muchas de las agudas fracturas de entonces esté permitiendo el surgimiento de problemas que han existido siempre, en forma latente, en la sociedad, pero que no han podido expresarse ante la primacía avasalladora y la urgencia de los enfrentamientos en relación a los fundamentos mismos de la organización política, económica y social.

En efecto, los fenómenos que caracterizaron la historia política de las últimas décadas; la exacerbación de los conflictos y la polarización; la ampliación del ámbito del disenso a las estructuras fundamentales de la nación, y, en consecuencia, el fin de los consensos nacionales básicos mínimos; la adhesión a proyectos ideológicos globalizantes, que son por definición excluyentes; la primacía absoluta de las ideologías por sobre el realismo o las consideraciones pragmáticas; las divisiones maniqueas; el juego de suma-cero; constituyen fenómenos que parecen haber quedado atrás en un pasado traumático superado.

Ahora bien, los procesos anteriormente señalados llevan, por su propia lógica, a una percepción unidimensional de la sociedad y del hombre y, en consecuencia, también de la política, y por lo mismo opacan toda otra dimensión del acontecer humano no permitiendo que surjan o se expresen la complejidad y la pluralidad de intereses y preocupaciones divergentes que normalmente tiene el hombre en sociedad.

En cierto modo, el retorno a lo que podríamos llamar "la normalidad" en el tipo y grado de conflictos políticos está permitiendo una "privatización" de la vida, un retorno a una mayor preocupación por lo particular que por lo público, por aquellos ámbitos que corresponden a lo individual más que a lo colectivo y, por lo tanto, a un cambio en la naturaleza de las dimensiones de la política.

Esta suerte de emancipación de la persona individual se ha visto posiblemente estimulada también por el proceso de modernización que ha experimentado el país, y por las características que éste ha revestido y que ha significado, entre otros rasgos, la disminución de la magnitud del aparato estatal y, en consecuencia, de su capacidad para influir o determinar las vidas de las personas, su destino laboral o su inserción social.

Todo lo anterior tiene como contrapartida natural una disminución en el interés por la política, por cuanto las personas sienten que se pueden sustraer de la preocupación pública sin mayor riesgo, dada la atenuación de

la intensidad de los conflictos públicos, como asimismo debido a que el poder político, en cuanto éste implica el derecho para administrar el aparato estatal, carece ahora de la capacidad para satisfacer la totalidad de las aspiraciones ciudadanas; y no es ya el único o mejor mecanismo de ascenso económico o social o el principal proveedor de empleos. En otras palabras, la cantidad de bienes que está en juego en el ámbito de la vida política es menor y menos relevante que hace 20 años, y ello lleva, naturalmente, a un relativo desinterés público por la política y al surgimiento de nuevos conflictos o dimensiones.¹

2. Breves reflexiones críticas a las propuestas en discusión

No es mi intención analizar los méritos o deficiencias de la encuesta que ha dado lugar al trabajo de Roberto Méndez desde una perspectiva técnica, por cuanto ello queda fuera de mi competencia. Quisiera sí dejar planteadas las siguientes interrogantes:

- a) Si es realmente posible identificar factores sobre la base de ocho dicotomías.
- b) Si las proposiciones elegidas son efectivamente las más relevantes para expresar las dimensiones que se sugieren.²
- c) Si la denominación de los factores que se identifican es el más adecuado.³

¹ Muestras de esta creciente falta de interés se detectan en las respuestas a varias de las preguntas de la encuesta CEP-Adimark que indican un nivel bajo de adhesión a los partidos políticos y un crecimiento de los independientes; una baja participación en la actividad política; una baja evaluación institucional de los dirigentes políticos y un descenso en la de las figuras políticas individualmente consideradas.

² Así, por ejemplo, es cuestionable que se pueda identificar una dimensión de estatismo lo suficientemente convincente sobre la base de las preferencias respecto de la planificación estatal o el mercado; más dudosa parece una construcción a partir de una vinculación entre Estado y moral, por cuanto la pregunta es muy amplia, poco discriminativa, y no es lo suficientemente neutral.

³ Especialmente creemos poco adecuado la expresión de un factor denominado "Conservadurismo-Innovación" puesto que no es la capacidad innovadora lo que se traduce de la posición frente a estas dicotomías sino más bien la actitud contestataria o radical.

Una de las mayores objeciones al procedimiento llevado a cabo en la identificación de los factores relevantes o dimensiones mentales es la cantidad y tipo de proposiciones seleccionadas para expresar cada factor. Decimos ello en atención a las metodologías empleadas en otros estudios clásicos en esta misma línea de investigación. Así, por una parte, los estudios sobre autoritarismo llevados a cabo por T. Adorno (*The Authoritarian Personality*) utilizando un instrumento ("escala F"), en el cual consigna un conjunto amplio de proposiciones (38 ítemes) tendientes a medir autoritarismo (ya sea como autoritarismo de derecha o autoritarismo en general). Algo similar podemos encontrar en los estudios llevados a cabo por H. J. Eysenck (*The Psychology of Politics*). En un cuestionario de 49 proposiciones (Inventario de Actitudes Sociales) Eysenck logra identificar dos factores o dimensiones relevantes (*radicalism-conservatism* y *tender-mindedness-tough-mindedness*) para el estudio de actitudes políticas. Por último, en los estudios llevados a cabo por Nunn, Crockett y Williams, observamos el mismo patrón de incluir un número considerablemente alto de proposiciones al momento de identificar factores o dimensiones.

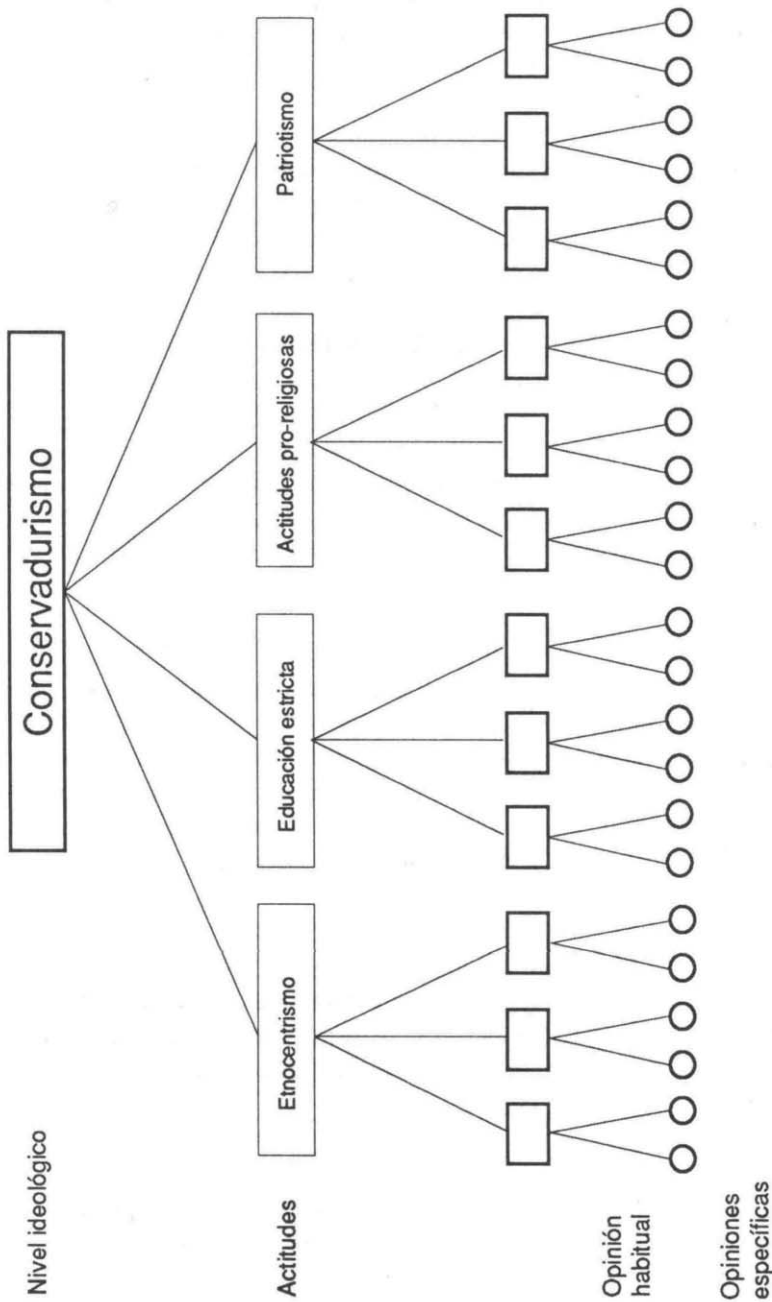
De lo anterior debe quedar claro que no se está objetando el uso del análisis factorial sino la forma que en este caso particular ha sido empleada.

A modo indicativo, a continuación mostramos un diagrama creado por H. J. Eysenck para mostrar la relación existente entre ideología y factores actitudinales, y los niveles de opinión involucrados.

3. Un intento de análisis político sobre la base de los datos entregados

Una proposición alternativa

Sin perjuicio de lo anterior, creemos que utilizando las respuestas frente a los ocho temas seleccionados y que se refieren a las preferencias por el mercado o por la planificación; al papel de las Fuerzas Armadas dentro de la sociedad civil; al rol del Estado en la fijación de los padrones morales; al grado de individualismo o de participacionismo; a las actitudes hacia el riesgo o la seguridad; a la apertura hacia el uso de productos nuevos; al grado de acatamiento de las normas establecidas, y, finalmente, de autoritarismo *versus* búsqueda de consensos, es posible identificar en forma más precisa y certera algunos rasgos de las mentalidades y también de la cultura política chilena.



Fuente: H. J. Eysenck, *The Psychology of Politics*.

De hecho, con estas variables parece posible construir *a priori* un modelo teórico que nos permitiría tal vez evaluar los siguientes cuatro rasgos de la cultura política chilena actual.

1. El grado de autoritarismo vigente, el que podría deducirse de las preferencias que se dan en relación a los siguientes tópicos:
 - a) la intervención de las Fuerzas Armadas en la vida pública;
 - b) los gobiernos fuertes *versus* los consensuales;
 - c) el Estado y las normas morales;
 - d) el grado de aceptación o rechazo a la planificación, en el entendido de que la planificación es objetivamente un mecanismo de ordenamiento económico más autoritario que el mercado (que permite la expresión libre de las preferencias individuales).
2. El grado de individualismo imperante en dos sentidos diferentes: uno, en contrapartida al espíritu participacionista, y dos, en relación a la actitud frente al Estado en el entendido de que existe objetivamente una dicotomía entre Estado e individuo. Ello podría evaluarse de las posiciones que se adoptan respecto de la participación comunitaria; la capacidad de asumir riesgos; la intervención del Estado en ámbitos personales y en materias de decisión económica.
3. La existencia de tendencias conservadoras *versus* aquellas más contestatarias o radicales, las cuales se desprenderían de la predisposición a acatar normas; la actitud hacia lo desconocido y la preferencia o aversión al riesgo.
4. El grado de estatismo, el cual se puede deducir de las preferencias expresadas en relación a si el gobierno debe o no imponer políticas o si, por el contrario, deben existir decisiones ciudadanas consultadas; el rol que se le atribuye al Estado en planificación *versus* mercado y en materias morales.

Identificación de rasgos de cultura y mentalidad de acuerdo a los resultados obtenidos

De acuerdo a las respuestas entregadas frente a las ocho dicotomías sugeridas sería posible caracterizar ciertos rasgos de mentalidad y de cultura política imperantes en la sociedad actual. Así, parecerían existir indicios de una población que es mayoritariamente conservadora;⁴ tiende a aceptar las normas establecidas; acepta el statu quo; muestra una muy reducida tendencia hacia la rebeldía;⁵ es aversa al riesgo, incluso cuando éste aparece como necesario para superar metas mejores; prefiere lo conocido, y no desea cambios abruptos.

En segundo lugar podría decirse que es una población con rasgos profundamente democráticos y antiautoritarios, que rechaza mayoritariamente la intervención de las Fuerzas Armadas en la vida cívica más allá de sus funciones propias; prefiere abrumadoramente un tipo de gobierno que consulta y busca el consenso por sobre uno fuerte, autoritario, que imponga su voluntad.

En tercer lugar, es en lo fundamental más individualista que colectivista. A pesar de rechazar la audacia y el riesgo —características que podrían ser consideradas consustanciales a un verdadero individualismo—, la tendencia mayoritaria es poco comunitaria y participativa y en este sentido podría ser que tiene una dimensión individual más que colectiva de la existencia. Es así que la mayoría rechaza la intervención del Estado en su vida personal y moral; prefiere el mercado donde puede expresar sus preferencias individuales por sobre la planificación en que otros deciden por él, y prefiere ser consultado como individuo y no acatar ciegamente políticas gubernamentales impuestas.

En cuarto lugar, es posible sugerir que es en lo principal escéptica respecto del Estado; las preferencias a favor de un papel activo de éste en materia económica son minoritarias y más aún respecto de la participación del Estado en ámbitos propios de la vida personal o moral.

⁴El porcentaje absoluto de quienes prefieren productos conocidos es 47,5 y los que se inclinan a esa opción más que a la otra suma 66,3.

⁵Ello condice con los bajos resultados relativos al grado de insatisfacción personal.

4. Inserción de los partidos en las cuatro dimensiones que se proponen

Parece posible concluir que existe una homogeneidad cultural básica en el sentido de que todos tienden a confluir hacia una media, no existiendo diferencias diametrales entre los distintos grupos. Todos están en todas partes y hay una derecha autoritaria, pero otra que no lo es; una izquierda planificadora y otra mercadista; nadie se sitúa monolíticamente en todas las respuestas; existe una gran capacidad para discernir, para evaluar los asuntos públicos de acuerdo a sus méritos y no necesariamente según paradigmas pre adoptados; los grupos ya no son monolíticos y sus creencias no son globalizantes.

Existe una cercanía entre el PPD y PS y sus bases naturales de izquierda, así como una cercanía entre Renovación Nacional, los grupos que se definen como de derecha y los independientes, y un margen de distancia muy amplio entre la UDI, la derecha y los independientes.

Los resultados confirman también que se ha ido gestando un sentido común imperante, un conjunto de creencias, actitudes, mentalidades y sensibilidades que son más proclives al conjunto de ideas políticas que normalmente se identifican como de derecha o de centro-derecha: una opinión pública libertaria, individualista, escéptica del Estado, poco cuestionadora y nada rebelde. La paradoja es que, sin embargo, cada vez menos personas se identifican a sí mismas como de derecha o de centro derecha.

Finalmente, creemos que resulta de gran interés constatar que si bien las dimensiones que se expresan en esta encuesta atraviesan y superan las divisiones partidarias propiamente tales, los partidos parecen agruparse en forma diferente, ya sea que se planteen frente a dimensiones de índole propiamente política o frente a ámbitos más atingentes a los valores o las mentalidades. Así, por ejemplo, tenemos que, mientras en los ejes autoritarismo-estatismo los partidos parecen reproducir el sistema de alianzas políticas vigentes, en el sentido de que los partidos de la Concertación se ubican en mayor o menor grado en un eje claramente "antiautoritario-estatista", la oposición lo hace en uno "autoritario-liberal". Sin embargo, esta situación se revierte en los ejes "innovador-conservador" e "individualismo-participacionismo", los cuales son más indicativos de valores, mentalidades y actitudes. Así, en estos temas, la Democracia Cristiana se aleja de la posición de los partidos de izquierda y aparece más cercana a Renovación Nacional, de los independientes y del centro, en un eje conservador-individualista, en tanto la izquierda se sitúa, junto a la UDI, en un eje "participacionista-innovador". Ello podría augurar que si las fracturas

relativas a este ámbito valórico y de mentalidad adquieren mayor preeminencia que aquellas tradicionales de naturaleza más política y económica, podría surgir un realineamiento de las fuerzas políticas muy diverso al actual.

*Manuel Antonio Garretón:**

1. Los argumentos del debate y su crítica

En el último tiempo se ha suscitado un debate sobre los cambios que experimenta la política chilena, el que ha estado marcado, a mi juicio, por tres argumentos.¹

El primero se refiere a que hay un creciente desinterés por la política y un distanciamiento entre la política y la gente. Para algunos, éste es un signo peligroso, pues conduce a la apatía, abstencionismo electoral y, por lo tanto, a posibles re-emergencias autoritarias o populistas de tipo mesiánico que rompan el desencanto y vuelvan a darle un sentido heroico a la política. Para otros, éste sería un signo más bien de sanidad y modernidad. Se habría terminado la serie de décadas en que la política absorbía casi toda la vida social, con proyectos revolucionarios o globalizantes desde todos los puntos del espectro político; y después de los grandes conflictos que desgarraron la sociedad chilena y de los grandes enfrentamientos, con el advenimiento de la transición habríamos entrado en la etapa de la "normalidad", en que la gente ya no se interesa por los "macroconflictos" sino por los "microconflictos" y por sus problemas

*Sociólogo. Estudios de doctorado en L'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. Profesor Investigador de FLACSO. Autor, entre otros libros, de *El proceso político chileno y Reconstruir la política*.

¹Muchas de las ideas que aquí expondré han sido desarrolladas en el marco del proyecto "Evolución de demandas y políticas sociales en un contexto de democratización", que dirijo en FLACSO, y en el que participan Tomás Moulián e Irene Agurto. Utilizaré como referencias básicas en este trabajo el estudio de Roberto Méndez publicado en este mismo número "Nuevas dimensiones de la política chilena" y los textos siguientes por él mismo citados: M. Klugmann, "La paradoja de la mayoría electoral. ¿Dónde está el centro?" (*Estudios Públicos*, 42, otoño 1991); L. Santa Cruz, "Tendencias de largo plazo: modernidad y tradicionalismo" (*Libertad y Desarrollo*, Año 1, N° 3, septiembre 1991); E. Tironi, "La nueva época" (*El Mercurio*, 10 octubre 1991). Los datos de encuestas de opinión pública adicionales al trabajo de Méndez mencionado están tomados del informe de CEP-Adimark, "Estudio social de opinión pública" (*mimeo*, octubre 1991).

personales, familiares o grupales, "cotidianos", lo que la desliga de la política.

El segundo se refiere a que las tradicionales o clásicas opciones políticas que dividieron a los chilenos, "derecha", "centro" e "izquierda", ya no darían cuenta de las preferencias políticas de la población ni expresarían los fraccionamientos, *cleavages* o conflictos que separan o dividen a los chilenos. De este modo, habría un reforzamiento de la distancia entre la política o los políticos y la gente, por cuanto los primeros persistirían en sus antiguas fragmentaciones cuando la gente "está en otra". Así también, el tradicionalismo político llevaría a los polos de derecha o izquierda a desplazarse hacia el centro, cuando esta categoría carecería ya de sentido.

Estrechamente vinculado al anterior, hay un tercer argumento que señala que han surgido nuevos temas o dimensiones que reemplazarían los temas y fragmentaciones tradicionales, por cuanto recorren y cruzan todo el espectro de opciones clásicas, haciéndolas irrelevantes. El principal tema o la principal nueva dimensión que demarcaría la nueva correlación o los nuevos alineamientos políticos, y en torno a los cuales se definiría la política del futuro, sería el eje modernidad-tradicionalismo, cuya conceptualización o permanece implícita o alude a la identidad y confusión entre la modernidad y ciertos instrumentos, como el mercado u otros.

Desinterés de la gente por la política, desaparecimiento o irrelevancia de las categorías de derecha, centro e izquierda y el surgimiento de problemas y mecanismos instrumentales que reemplazan las opciones políticas, configuran, a mi juicio, los elementos de una nueva ideología globalizante, más sutil pero igualmente peligrosa que los ideologismos de los sesenta. Se trata de la ideología de una clase política o dirigente que identifica su ascenso, influencia o poder con la vieja utopía de la normalidad y del "ahora sí podemos enfrentar el futuro de nuestra sociedad porque somos modernos y consensuales".

Pienso que el debate ha sido mal planteado, reemplazando la precisión argumental o los datos empíricos por la expresión de deseos, el traslado de modelos políticos de otros países, o, lo más frecuente, la formulación de esta ideología de la modernidad y del fin de la política, como si hubiera un solo tipo de modernidad y como si ésta no fuera parte de las grandes opciones políticas.

En este sentido, creo que el largo trabajo de encuestas de opinión pública de CEP-Adimark, de CERC y otras instituciones, y más precisamente el trabajo de Roberto Méndez "Nuevas dimensiones de la política chilena", aportan un conjunto de evidencias y abren la posibilidad de explorar este problema sin ideologismos. En síntesis, creo que tales

evidencias refutan en forma contundente los tres argumentos señalados y obligan a replantear aspectos conceptuales y metodológicos de la discusión. Porque es cierto que hay cambios significativos en la política y el modo como la gente se relaciona con ella y con los actores políticos, sólo que tales transformaciones no van en el sentido de los argumentos reseñados y apuntan a otra explicación e interpretación.

Así, no me parece que haya ningún conjunto serio o consistente de indicadores que prueben que hay pérdida de interés por la política. Hay aquí una cuestión metodológica involucrada. Se usan en esta argumentación generalmente los datos extraídos de una pregunta directa sobre el interés personal en la política y se concluye que hay una tendencia a la pérdida de interés. El primer error es interpretar este dato en términos de tendencia, cuando lo que las series temporales disponibles muestran es ninguna tendencia consistente y, en cambio, sí un alto grado de fluctuación, el que guarda bastante relación con la existencia de coyunturas frías o calientes. Para ponerlo con una ilustración fácil: si el día o en los días cercanos a la disputa por Colo Colo de la Copa Libertadores o en la semana del mundial de fútbol, usted pregunta directamente por el grado de interés en el fútbol o el deporte, va a obtener un porcentaje positivo muy grande, lo que varía si usted hace la misma pregunta en fases de total inactividad del fútbol o del deporte espectáculo. Si pregunta por interés en la política en momentos de conflictos intensos o de elecciones, es obvio que va a obtener un porcentaje alto de interés en relación a lo que obtendría en coyunturas carentes de toda actividad política. Pero, el error más importante, a mi juicio, es intentar desentrañar el interés de la gente por la política al preguntárselo directamente. Recuerdo que cuando una encuesta de FLACSO consultó directamente a la gente por la importancia que le daba al problema de derechos humanos en tiempos de régimen militar en relación a una serie de otros asuntos, el grado de interés en el tema fue sorprendentemente bajo. Pero el mismo Roberto Méndez comprobó tiempo después que uno de los dos temas más relevantes en la decisión de la gente en el plebiscito de 1988 fue, precisamente, el de los derechos humanos. Lo que quiero apuntar es que el interés por la política no debe ni puede medirse a través de la pregunta directa por el interés personal en ella.

Sin salirnos del método de las encuestas de opinión pública, hay una serie de indicadores indirectos que permiten auscultar el interés por la política y cuyos resultados van en la dirección opuesta a la afirmación de pérdida de interés por la política. Utilizando los datos de la encuesta CEP-Adimark, desde junio de 1990 a octubre de 1991, nos encontramos con que siempre más del 60 por ciento de la población se autodefine en el espectro

derecha-centro-izquierda, siendo el promedio de personas que no se autodefine de menos de un tercio, y siendo el porcentaje en esta categoría inferior en octubre de 1991 al de hace un año. A su vez, ¿se puede hablar simplemente de desinterés por la política en un país en que, con la excepción de julio de 1991, nunca más de un tercio deja de adherir a algún partido político, en que el promedio de adhesión a algún partido en el período es de más del 70 por ciento y en que el porcentaje de gente que adhiere a algún partido es el mismo en octubre de 1991 que un año atrás, es decir, 80 por ciento? Más aún, si la gente identifica como problemas más importantes algunos temas nuevos y, al mismo tiempo, piensa que el gobierno es responsable de su solución (como ocurre con la seguridad ciudadana, la contaminación, la delincuencia, etcétera), ¿no está manifestando su interés por la política y haciéndole nuevas demandas?

Dicho de otra manera, no hay un alto interés por la actividad política propiamente tal en coyunturas frías, pero sí se mantiene el interés por los problemas de los que trata la política y por los resultados de la acción política. En tal sentido, no hay mucha diferencia con la economía. Si usted pregunta a la gente por su grado de interés en la tasa de cambio, en la balanza de pagos, en el nivel de crecimiento del producto, en el equilibrio entre los distintos tipos de exportaciones, etcétera, probablemente no obtenga un resultado de altos porcentajes de interés. De ahí no puede deducirse que la gente no tiene interés en la economía.

Que las opciones de derecha-centro-izquierda siguen siendo significativas parece deducirse también de los datos reseñados anteriormente. Vale la pena recordar que no se trata aquí de una dimensión, sino de la cristalización de un conjunto de dimensiones de la acción colectiva y política: la dimensión propiamente política, la económica, la social² y la cultural. Un cambio en la importancia relativa de cada una o un reposicionamiento de elementos dentro de cada una de ellas es algo que permanentemente está ocurriendo en la sociedad, pero se hace presente, sobre todo, después de un gran cambio social o político, como cuando se pasa de un régimen político a otro. Por lo tanto, es normal que en períodos de redefinición de nuevas cristalizaciones, los actores políticos se reubiquen en relación a estas dimensiones o que pudiera percibirse un relativo distanciamiento o indiferencia de la gente frente a actores que en distintos puntos del eje derecha-izquierda están redefiniendo sus posiciones de contenido en

²En este sentido, llama la atención que el tema de la igualdad, eje clásico de división entre derecha, centro e izquierda, no sea objeto de medición específica en las encuestas como uno de los elementos con los que cada uno de estos polos se identifica.

torno a estas dimensiones. Lo que llama la atención, por el contrario, es que este porcentaje de indiferencia o distanciamiento sea tan bajo en comparación con otros contextos o países.

Y es que las opciones de derecha, centro e izquierda, si bien son grandes configuraciones de principios y orientaciones en las esferas política, económica, social y cultural, no son simples entelequias flotantes, sino que se expresan y manifiestan en organizaciones y actores políticos que normalmente llamamos partidos políticos. Cuando el sistema de partidos es débil o los partidos que los constituyen lo son, las opciones de derecha-centro-izquierda no encuentran referentes precisos en tales partidos. Y entonces se busca al actor que encarne los principios de cada una de estas opciones. No es el caso chileno, donde existe, pese a todo, un sistema cristalizado de partidos que se ubican muy precisamente en el espectro o continuo de derecha-centro-izquierda. Y por eso es que cuando se mencionan estas opciones, en general, la gente las identifica con sus referentes partidarios, es decir, sabe a qué se refiere concretamente el polo derecha, el polo centro y el polo izquierda. Además, en el caso chileno existe claramente delimitada una opción partidaria de centro: el centro no es en este país un punto intermedio de un continuo, sino que siempre ha tenido una identidad organizacional o institucional. Así, cuando la gente dice centro hoy, está diciendo Democracia Cristiana y algún otro partido. De ahí que quienes provienen de contextos en que el "centro" no existe como cristalización partidaria propia no entiendan bien el sistema político chileno, y se pregunten ¿dónde está el centro? y hablen de "crear" un centro.³ Es cierto que entre las grandes orientaciones que definen la posicionalidad de derecha-centro-izquierda y sus referentes partidarios hay tensiones y distancias. Ello es una regla general cuando se relacionan, por un lado, una orientación o principio, con, por otro lado, una organización o institución. Así, no siempre el referente organizacional aparece expresando en forma transparente la orientación que dice encarnar. Pero tales tensiones o distancias son menores y menos fluctuantes en el caso chileno que en otros contextos, dado el alto grado de estabilidad de la cristalización partidaria que históricamente ha habido aquí.

³ Este es el error que comete Mark Klugmann, a mi juicio, cuando usa los casos norteamericano o inglés para aplicarlos a la situación chilena, países donde no hay partidos fuertes e identificables de "centro" y donde las políticas de Thatcher o Reagan no son intentos de un nuevo centro como él dice, sino nuevas opciones de derecha en busca de electorados no tradicionalmente derechistas (véase su artículo citado).

Tampoco puede afirmarse con alguna evidencia empírica que hay nuevos problemas o dimensiones que hacen obsoleta o irrelevante la opción derecha-centro-izquierda. En tal sentido, el trabajo de Roberto Méndez "Nuevas dimensiones en la política chilena", no obstante que puedan presentarse algunos problemas metodológicos en la definición de las dimensiones y en la relación entre ellas y las preguntas con que se miden,⁴ me parece concluyeme en tres aspectos: a) La clasificación derecha-centro-izquierda, aunque con superposiciones y variaciones, se relaciona con tres de los cuatro factores o dimensiones que se están analizando ("estatismo", "conservadurismo-innovación", "participacionismo-individualismo" y "autoritarismo"), y en el caso del factor con que no se relacionan (participacionismo), pienso que se debe a la debilidad del indicador que se usa para medir la variable, b) Los públicos de derecha o de RN/UDI con los de centro o DC, por un lado, y los públicos de centro con los de izquierda, por otro lado, se distinguen todos ellos significativamente entre sí en los cuatro factores analizados, c) Los públicos de los diversos partidarios de derecha no se diferencian entre sí en ninguna de estas dimensiones, del mismo modo que los públicos de los partidos PS/PPD no se distinguen entre sí en ningún factor. En síntesis, si se consideran éstos los nuevos factores o dimensiones de la política, la clásica diferenciación derecha-centro-izquierda da cuenta de ellos según los datos de esta investigación. Las variaciones y superposiciones pueden ser explicadas por los aspectos de plasticidad de la época actual a la que nos hemos referido antes.

2. La cara invisible del iceberg

La presente crítica a los argumentos sobre la pérdida de interés en la política o sobre la desaparición de las categorías tradicionales de la política no implican, en ningún caso, decir que nada ha cambiado, que todo sigue igual, que no hay problemas de representación y que todo va bien en la relación entre política y sociedad. Por el contrario, creo que hay problemas y transformaciones profundas en esta materia, sólo que los argumentos

⁴Por ejemplo, creo que no se puede preguntar por "planificación" del Estado, sino por "regulación u orientación" del Estado; que no debe consultarse por la imposición "del Estado" en materia de normas morales, sino "de la sociedad"; que en vez de preguntar por deseo de participación en organizaciones comunitarias, habría que incluir todo tipo de organización, y, sobre todo, preguntar por el grado de participación efectiva; que la denominación de los factores "conservadurismo" y "participacionismo", dados los indicadores que se usan, no es la más adecuada para dar cuenta de lo que se está midiendo.

reseñados y criticados apuntan en la dirección inadecuada y son formulados ideológicamente.

De tal manera que pienso que hay que replantear el problema, y, en forma tentativa, voy a señalar algunas sugerencias analíticas y metodológicas para ello.

Partamos de lo ya dicho en relación a la fuerte cristalización partidaria o del sistema de representación política que ha caracterizado a nuestro país en buena parte de este siglo. Como ha sido frecuentemente señalado, tal cristalización dio origen a partidos que asemejaban subculturas o modos de vida, donde se fundían diversas dimensiones de la vida individual y social en la única dimensión partidaria. Así, la sociedad tendía a ser unidimensional porque era básicamente política y, a su vez, la política tendía a una multidimensionalidad totalizante.⁵

Esta particular configuración de la política chilena se ve afectada en los últimos años por un doble movimiento.

Por un lado, hay dimensiones nuevas que se incorporan a la política, como los temas de delincuencia o seguridad ciudadana, medio ambiente, relaciones de género, familia, etcétera, frente a las cuales los actores de derecha, centro e izquierda no han definido aún opciones claras.

Por otro lado, inversamente, hay dimensiones nuevas que estaban confundidas con la política y que parecen adquirir consistencia propia y relativa autonomía respecto de ésta.

Un primer nivel de estas dimensiones, cuya correlación con las opciones de adhesión política no han sido suficientemente exploradas el último tiempo, es el que se refiere a variables independientes nuevas de tipo "objetivo", que pueden ser tan significativas en la determinación de actitudes y comportamientos como lo han sido hasta ahora el nivel educacional y la autoidentificación en el espectro derecha-centro-izquierda. Ambas son producto de las transformaciones estructurales e institucionales vinculadas a procesos de modernización parcial y desigual en los últimos años. La primera es ya no el nivel educacional alcanzado sino el tipo de establecimiento en cada uno de los niveles educacionales. En la medida que aumenta la cobertura del sistema y que se ha producido una diversificación y fragmentación en cada uno de los niveles educacionales (básico, medio y superior), y en la medida que la variable educacional siga siendo tan significativa como hasta ahora, la discriminación más relevante provendrá, quizás, no tanto de los años de educación, sino de dónde se realizó tal educación. La

⁵Una ilustración de ello es que la respuesta clásica en las relaciones sociales a la pregunta ¿qué tal es esta persona? era en términos de su adhesión partidaria.

segunda es la estratificación social, afectada por la primera, pero también por los drásticos cambios producidos en el sistema ocupacional y en la percepción subjetiva de a qué clase social se pertenece. Creo importante explorar estas dos dimensiones que son clásicas, pero cuya relación con la autoidentificación, opinión y comportamiento políticos puede estar redefiniéndose.

Otro nivel de dimensiones que puede estar adquiriendo autonomía de la política abarca algunas orientaciones "subjetivas" o "culturales" que guían la acción social o colectiva. Me detendré en dos de ellas.

La primera es la que se ubica en el tema tan socorrido de la modernidad o en el eje tradicionalismo-modernismo. Pero debemos complejizar un poco este tema y apartamos de tanto lugar común al respecto. Porque no se trata de un eje simple y dicotómico. No hay "un" tipo de tradicionalismo como no hay un solo tipo de modernidad.⁶

Respecto de las orientaciones tradicionales, hay al menos dos tipos. Uno es el tradicionalismo de carácter "integrista", basado en convicciones y cosmovisiones tradicionales, cercano a concepciones fundamentalistas de la vida social. Otro es el tradicionalismo "convencional", donde la acción se guía por la rutina o el hábito, sin que necesariamente haya una opción valórica. En ambos casos está la visión de un orden metasocial, inmutable; pero en uno de ellos se cree en ese orden y se lo defiende "religiosamente", en el otro se le perpetúa por simple conformismo. Y estas dos vertientes del tradicionalismo atraviesan las diversas opciones ideológico-políticas, de modo que es posible encontrar la orientación integrista y la convencional en varios puntos del espectro y en diferentes partidos. *Lo* más probable es que haya una combinación de tipos de tradicionalismo, y también de tipos de modernidad, según las diversas dimensiones de la vida social, y que los "tipos puros" que cruzan todas las dimensiones (economía, religión, familia, política, cultura, trabajo, etcétera) sean escasos.

⁶En una investigación, en la que participo junto a Roberto Méndez y Marta Lagos, hemos intentado diseñar un instrumento de medición que nos permita distinguir entre tradicionalismo y los dos tipos de orientación hacia la modernidad a que me referiré. En otra investigación en curso, que realizo junto a Tomás Moulián e Irene Agurto, estamos intentando diferenciar los dos tipos de tradicionalismo y los dos tipos de modernidad a que aludo en este texto. En ambos casos estamos tratando de ver la correlación con las opciones, actitudes y comportamientos políticos.

No hay tampoco un solo tipo de orientación a la modernidad.⁷ Y ello porque no hay una sola modernidad, sino, como lo ha recordado Octavio Paz, cada sociedad tiene su propia modernidad. En este sentido, es un error la identificación de la modernidad con un proceso histórico determinado de modernización. Más grave es identificarla con un instrumento específico que puede o no ser factor de modernidad, según el contexto histórico de que se trate. Así, el mercado no es *per se* un elemento de modernidad, como tampoco el Estado o el populismo están identificados a una mentalidad tradicional. Hay sociedades en que el Estado impulsó el acceso a la modernidad, o en las que el populismo fue el factor determinante de su modernidad en cierto momento histórico, como es el caso de varias sociedades latinoamericanas.

Tampoco puede identificarse la modernidad con una sola de sus vertientes, la de la racionalidad instrumental, el iluminismo, el predominio de la razón, la ciencia y la técnica, el cálculo, los grandes relatos o la ilusión del progreso. Incluso los países que vivieron modernizaciones endógenas han conocido siempre la presencia de fenómenos que pertenecen a otra vertiente de la modernidad. Nadie podría negar que, por citar sólo dos ejemplos, el romanticismo y el surrealismo se instalaron en el centro de la modernidad, pero no desde la razón, sino en contradicción con ella y desde la vertiente de la racionalidad expresiva y comunicativa (la emoción, el afecto, la comunicación simbólica, la pasión, la creatividad no tecnológica, etcétera). Podrá esta vertiente haber sido subordinada a la racionalidad instrumental, podrá esta última haber agotado parte de su predominio en el mundo contemporáneo, pero ambas constituyen el núcleo indisoluble de la modernidad: la expansión del sujeto, individual y colectivo, la afirmación de la construcción de la propia historia antes reservada a los dioses o a un orden inmutable. Y esta afirmación del sujeto y de la construcción histórica se puede hacer desde Descartes y la razón instrumental o desde el Quijote y la racionalidad expresiva o comunicativa, como dirían Kundera o Habermas. Y probablemente la modernidad latinoamericana sea uno de los modelos donde se da más compleja y fuertemente esta combinación.

Toda esta digresión es para fundamentar que podemos distinguir dos tipos de orientación a la modernidad y que en la práctica ella sea el resultado de una combinación diferencial de estos dos tipos: hay una de tipo instrumental y otra de tipo expresivo. Y el análisis de la modernidad no puede ser simplista, sino que debe captar en la realidad empírica la com-

⁷ Sobre lo que sigue, véase A. Touraine, "Crise de la modernité", *mimeo*, 1990.

plejidad de estas diversas orientaciones. Porque, de nuevo, ellas cruzan al espectro de opciones políticas constituidas, no en el sentido de hacerlo desaparecer como creen algunos, sino en el de replantear sus ofertas a una población que se ubica de modo diferenciado en relación a estas orientaciones, y que hace de ellas un aspecto importante de su acción individual y colectiva, como es el caso de la juventud.

La segunda nueva dimensión es la que se refiere a un eje emergente de la acción colectiva. Los posicionamientos izquierda-centro-derecha se han opuesto históricamente, sobre todo, en torno de los temas de libertad e igualdad y de la proyección internacional de estos principios (luchas por la independencia o liberación nacional), es decir, en el modo como resolvían en los diversos campos y ámbitos la ecuación entre estos dos principios y cómo definían los sujetos y adversarios en cada uno de estos ejes.

Pues bien, no se han resuelto los grandes dramas de la libertad y la igualdad y la acción colectiva, y los conflictos siguen definiéndose en parte en torno a estos dos principios o ejes.

Pero, por un lado, cada uno de estos ejes se autonomiza, se tecnifica y complejiza, de modo que la resolución en uno no implica la resolución en el otro. Es decir, deja de haber ideología global que resuelva a la vez los problemas de igualdad y libertad, con lo que las políticas y opciones para enfrentarlos son más complejas, parciales y ambivalentes.

Y, por otro lado, como he tratado de mostrar en otros trabajos, emerge en nuestras sociedades y en la chilena un nuevo principio de la acción colectiva, no reductible a los dos anteriores, cual es la lucha por la autorrealización y la felicidad y contra las alienaciones, presente en las aspiraciones, a la vez individuales y colectivas, en relación a la pertenencia, el medio ambiente, las relaciones de género, familiares e inter o intra-generacionales, etcétera. No se terminan las viejas aspiraciones colectivas enmarcadas en los principios de igualdad y libertad, pero se superpone a ellas este nuevo principio de acción social.

Nada de ello puede ser calificado como microconflicto, ajeno a la política. Pero, como lo han mostrado expresiones parciales de este nuevo principio, entre las que se pueden contar, entre otros, los movimientos ambientalistas, de mujeres o juveniles, este nuevo eje temático es mucho más ambiguo en términos de definición de instrumentos, utopías, sujetos portadores, adversarios, formas de acción colectiva, proyección internacional. Y, evidentemente, no se agota en la política, lo que añade ambigüedad y complejidad a ésta. Además de articularse con los principios clásicos de libertad e igualdad, este principio define más tensiones, aspiraciones, proyectos parciales, que fraccionamientos y conflictos.

Las opciones políticas estructuradas en torno a los antiguos ejes, que no han desaparecido pero se redefinen, encuentran dificultades y deben experimentar para asimilar esta transformación. Por supuesto que habrá opciones de derecha, centro, e izquierda frente a los diversos aspectos de este eje temático y su combinación con los antiguos, pero ello es materia de un largo proceso de aprendizaje.

3. Conclusiones

Además de importantes transformaciones estructurales e institucionales ocurridas en los últimos años, en relación a las diversas orientaciones en tomo a la tradicionalidad y la modernidad, por un lado, y a la redefinición temática del conflicto social, por otro, no están aún íntegramente estructuradas las opciones y ofertas políticas de derecha, centro e izquierda, y, por lo tanto, las opciones partidarias.

Pero, como hemos intentado mostrarlo a lo largo de estos comentarios, ello no significa ni que la política haya perdido relevancia, sino que se redefine en su contenido y formas de expresión, ni que, en el caso chileno, la distinción derecha-centro-izquierda haya perdido vigencia, sino que, por las razones anotadas, estamos en un período plástico, transitorio, donde ellas redefinen su sentido y sus ofertas incorporando nuevas dimensiones que nunca se agotarán exclusivamente en la política.

*Mark M. Klugmann.**

Desde el retorno a la democracia, las encuestas han señalado que el electorado chileno se encuentra, por lo general, alejado de la política. La mayoría tiene una baja opinión de los políticos y de los partidos políticos; pocos participan directamente en el sistema. El 60% no se clasifica a sí mismo ni de derecha, ni de izquierda, ni de centro-izquierda ni de centro-derecha. Entre el 40% y el 20% de los votantes no siente afinidad por ninguno de los doce partidos del "menú" político.

La clase política ha respondido diciendo que la gente es apática. Es decir, los políticos culpan al electorado. Pero, por analogía, ¿cabría decir

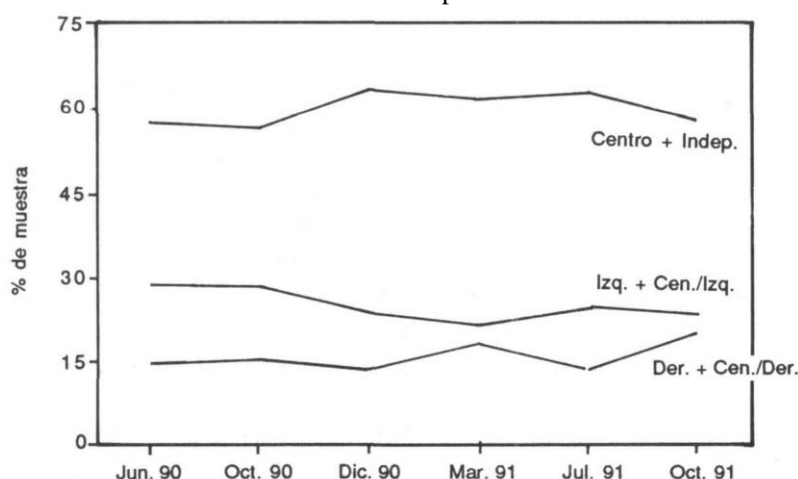
*Analista político. Director de Mark M. Klugmann & Associates, Public Communications. Consultor del National Republican Institute for International Affairs. Ex *speechwriter* de los presidentes norteamericanos Ronald Reagan y George Bush.

que Arica está lejos de Santiago y negar que Santiago está igualmente lejos de Arica? Con todo, en forma rutinaria se dice que los sufragantes están muy distanciados de la política sin advertir, recíprocamente, que los políticos están muy alejados del electorado.

1. La gente sabe mejor

Lo que impide que lo anterior sea percibido es el antiguo esquema de izquierda y derecha. Por ejemplo, la encuesta CEP-Adimark de abril de 1991 mostró que la "mitad" de los votantes no podía identificar al Partido Socialista como una agrupación de izquierda. Por consiguiente, podría decirse que "¡La mitad del electorado no sabe nada!". Pero lo que ocurre, quizás, es que se está haciendo la pregunta equivocada. ¿Por qué insistir en que los votantes dividen el mundo en izquierda y derecha cuando, durante los últimos 18 meses, un 60% de los chilenos —cifra que virtualmente se mantiene sin variaciones— no elige identificarse de esa manera? Esta ha sido la estadística más estable desde que Chile regresó a la democracia. En las seis encuestas trimestrales del período comprendido entre junio de 1990 y octubre de 1991 ese número no ha variado más allá del margen de error. Todo nuestro debate basado en izquierda y derecha (y centro-izquierda y centro-derecha) ha considerado únicamente al 40% de la población, con lo cual se ha excluido a la mayoría de los votantes.

GRÁFICO
Autodefinición política



Fuente: Encuestas de opinión pública CEP-Adimark.

¿Los votantes que identificaron a los socialistas como un partido de izquierda son realmente más inteligentes que aquellos que no lo hicieron? ¿Seguiremos pensando de esta manera de aquí a dos años? Veamos lo que está sucediendo en el mundo.

2. Lo que los términos "izquierda" y "derecha" no pueden explicar

Si los socialistas como François Mitterrand y Felipe González son izquierdistas, aunque nacionalicen o privaticen compañías, aumenten o bajen los impuestos a los más ricos, ¿qué significa entonces la palabra "izquierda"? Si el actual Ministro de Economía, Carlos Ominami (socialista), es izquierdista incluso cuando reduce los aranceles al 11%, entonces hemos creado una definición de izquierda que no depende de la economía.

En Hungría, el partido más pro mercado libre y anticomunista, los Jóvenes Demócratas, lidera también la campaña para legalizar el aborto. En Chile, son los diputados socialistas quienes proponen legalizar el aborto, en tanto su partido declara que ha abandonado el marxismo-leninismo.¹

El modelo lineal, ¿explica en forma adecuada lo que estamos observando? ¿o bien estamos siendo testigos del surgimiento de una política multidimensional, donde los partidos y los votantes se posicionarán a lo largo de ejes independientes?

El presidente peronista de Argentina, Carlos Menem, quien está desmontando rápidamente el legado colectivista de Juan Perón, declaraba hace poco en Washington, D. C.: "No acepto discutir más de política en términos de izquierda, derecha y centro".²

El ex presidente Ronald Reagan, en un discurso en vivo vía satélite desde los Angeles (California) a Santiago de Chile, ha manifestado que: "El

¹Recientemente, los partidos Unión Demócrata Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN) adoptaron como bandera en la lucha contra el terrorismo un proyecto de ley que contempla recompensar la entrega de información. Pero, de hecho, el primer miembro del Congreso que propuso esta idea fue un socialista, José Antonio Viera-Gallo, actual presidente de la Cámara de Diputados.

²Declaración en el National Press Club el viernes 15 de noviembre de 1991, transmitida por Cable-Satellite Public Affairs Network.

simple conflicto lineal de izquierda y derecha ha terminado... la nueva realidad es muy rica en variedad. Es una diversidad multidimensional ,³

3. Cristalizaciones *versus* análisis marginal

Manuel Antonio Garretón insistiría en tratar el tema de la política en el lenguaje tradicional de izquierda, derecha y centro. El sostiene que los conceptos de izquierda y derecha no pueden reemplazarse por discusiones independientes acerca de las dimensiones políticas, económicas, sociales y culturales, porque la izquierda y la derecha son "cristalizaciones" de todas éstas. En otras palabras, observa que históricamente ha habido una correspondencia entre las diversas dimensiones políticas y los conceptos generales de izquierda y derecha

En "término medio" estoy de acuerdo con él. Pero los "promedios" no votan. En el "margen" no estoy de acuerdo con él y la historia se escribe frecuentemente en los márgenes. Por cierto, ese ha sido el caso en más de una ocasión en la historia de Chile.⁴

El mundo real de la política depende a menudo de márgenes estrechos, así como del dominio de las diferencias sensibles que inciden en esos márgenes. El modelo izquierda-derecha, sin embargo, borra esas distinciones; lejos de ser un poderoso modelo de análisis es una virtual venda sobre los ojos.

En Estados Unidos, por ejemplo, el aborto surgió como asunto político en 1973, a raíz de su legalización por la Corte Suprema. Hacia los años ochenta el aborto se había transformado en un tema de división, introducido principalmente por los candidatos republicanos en las elecciones. Los mejores cálculos cuantitativos al respecto sugieren que el beneficio neto que obtuvieron los candidatos republicanos fue cercano al 3%. En otras palabras, 3 de cada 100 ciudadanos que no habrían votado por los republicanos de otra manera, estaban dispuestos a hacerlo si el aborto era un tema, entre otros, en la elección. En ese nivel de sensibilidad es muy difícil que algo pueda asomar siquiera cuando se está construyendo un

³Transcripción, cortesía de Seminarium.

⁴En 1938, Pedro Aguirre Cerda venció a Gustavo Ross por un 1% de los votos. En 1958, Jorge Alessandri ganó a Salvador Allende por 2,7% de los votos; y en 1970, Allende venció a Alessandri por un 1,3% de los votos. Resulta evidente que estas elecciones, históricamente significativas, se decidieron por estrechos márgenes.

modelo más vasto, pero muchas veces ese algo determinará el resultado de una elección.⁵

4. Cuando las palabras carecen de significado

¿Cómo podemos interpretar las elecciones en términos de izquierda, derecha y centro cuando el electorado que determina los resultados de las elecciones está pensando en forma diferente? En Chile, 4 de cada 14 votantes expresaban hace poco que el PDC (Partido Demócrata Cristiano) es un partido de izquierda; y de aquellos que se describían a sí mismos como miembros de la derecha, 2 de cada 13 señalaban que el Partido Comunista es de centro o de centro-derecha.⁶ Estas no son cifras irrelevantes. Constituyen márgenes más amplios que los que determinaron el plebiscito de 1988, el que no se ganó en forma estrecha, sino que fue determinado por un 7% de los votos o por 1 de cada 14 sufragantes. ¿Queremos continuar basándonos realmente en términos de izquierda y derecha?

En su concienzudo comentario, Manuel Antonio Garretón dice que sí. Es cierto que la tesis conservadora de que el futuro debe ser una proyección del pasado tiene alguna validez. Desde luego, en los asuntos humanos el pasado no desaparece nunca por completo, pero eso no prueba que en este caso los términos históricos sean el medio más adecuado para describir nuevas realidades.

La última encuesta CEP-Adimark (octubre 1991) revela misteriosamente que el mayor apoyo a las relaciones sexuales prematrimoniales —75% de aprobación— proviene del sector que se autoidentifica como "derecha".⁷ ¿Son acaso estas personas las que encajan correctamente en las "cristalizaciones" del modelo de Manuel Antonio Garretón? Creo que no.

⁵Hace poco leía que en una isla del Pacífico Sur se realizaban infructuosos esfuerzos por aprobar una ley que prohibiese a la gente votar por miembros de su propia familia. Ocurre que allí la estructura familiar es la de un clan extendido, por lo que una sola familia puede representar el 5% de la población de la isla. Ahora, si se construye un modelo y se pregunta: ¿es usted un miembro—digamos— de la familia Nauru?, resultará que para el electorado como un todo esta no es una dimensión importante. Pero ella será decisiva si la competencia electoral es relativamente estrecha.

⁶Encuesta de opinión pública CEP-Adimark, abril 1991.

⁷Sin embargo, es sumamente importante entender que las etiquetas de "izquierda" y "derecha" basadas en la *autoidentificación* de los encuestados, como las han usado las encuestas CEP-Adimark, son esencialmente arbitrarias y no tienen ningún significado fijo. En la metodología empleada en estas

5. Incluso los partidos cambian

Algunos insisten en que el significado del paradigma derecha-izquierda en Chile va más allá de la ideología, ya que deriva de la historia y se mantiene a través de las instituciones. Desde luego, ello es verdad. Pero decir que las instituciones históricas existen no prueba que ellas sean capaces de configurar el futuro político de un país.⁸

Por ejemplo, es evidente que el Partido Radical existe y que mantiene una identidad histórica e institucional. Sin embargo, actualmente juega un papel bastante trivial en la vida electoral nacional. En Chile, los partidos históricos de la derecha han prácticamente desaparecido.

Los principales partidos de la izquierda histórica chilena, los comunistas y los socialistas, juntos no son capaces de igualar el apoyo que tiene el PPD (Partido Por la Democracia), una nueva organización fundada como un partido instrumental, que necesariamente no puede tener identidad histórica ninguna.⁹

Los demócratacristianos chilenos, que una vez fueron "socialistas comunitarios", desconfiados del mercado, de la libre empresa y de la propiedad privada, se han declarado devotos de la economía social de mercado. ¿Se están desplazando acaso hacia la derecha? El mismo PDC, que históricamente fue el partido más cercano a la Iglesia y que surgió del tradicional Partido Conservador, acaba de ver a su presidente Andrés Zaldívar declarar su apoyo a la ley de divorcio. ¿Se están desplazando acaso hacia la izquierda? ¿O bien existe una realidad política multidimensional?

Es verdad que la tesis izquierda-derecha permanece como la forma más conveniente de describir la división político-histórica. El problema es

encuestas, "izquierda" y "derecha" son palabras sin definición, sin poder predictivo y sin contenido ideológico. Intentar extraer conclusiones de estos datos y buscar aplicarlos a grupos teóricos de votantes, definidos por sus ideas y por su comportamiento electoral en el pasado, es un ejercicio peligroso.

⁸En Perú, por ejemplo, fuimos testigos del extraordinario caso de Alberto Fujimori, quien fuera elegido Presidente precisamente por lo alejado que estaba de los partidos políticos tradicionales y pese la activa oposición de la Iglesia Católica (ocasionada, en parte, por el apoyo que grupos evangélicos le brindaron a Fujimori).

⁹Las seis encuestas CEP-Adimark del período comprendido entre junio de 1990 y octubre de 1991 muestran en promedio un "nivel de adhesión de partidos políticos" de 8,4% para el PPD, 6,2% para el PS y 2,1% para el PC. Respecto del PPD como una expresión de la política multidimensional de oposición, véase Mark Klugmann "La paradoja de la mayoría electoral. ¿Dónde está el centro político?", *Estudios Públicos* 42 (otoño 1992).

que ella no permite a los observadores ver la nueva realidad que está emergiendo.

Y por ello es que la mantención de la adhesión al modelo lineal constituye una fase temporal; una que pasará.

6. La solución multidimensional

El grado de interés en la política aumentará a medida que los políticos chilenos comiencen a usar un modelo multidimensional, con lo cual el debate se desplazará desde una política lineal hacia dimensiones que tienen mayor intensidad y que están más cerca del electorado. Los signos de esto ya están presentes y se vieron en la encuesta CEP-Adimark de octubre 1991.

En el período anterior a la encuesta de octubre de 1991, por primera vez surgieron claramente temas culturales en la política chilena (la "crisis moral", el divorcio, el aborto, los preservativos, la polémica en torno a la *Agenda mujer*, etc.). Como lo predice la teoría multidimensional, la creciente exposición de estos temas coincidió con un aumento significativo del interés por la política. Realmente, no es sorprendente. El 99,2% del electorado tiene una opinión respecto del divorcio; 98,9% tiene una opinión acerca de los anticonceptivos y 98,6% tiene una opinión respecto del aborto. Pero, ¿cuántos votantes tienen una opinión acerca de la "tercera cifra repartidora" y de otros excesos del proceso político chileno? No muchos.

Entonces, si mi análisis es correcto —en el sentido de que en Chile la histórica política lineal de izquierda y derecha agoniza y está siendo reemplazada por una política multidimensional—¹⁰ la pregunta es: ¿cuáles son esas dimensiones?

A mi juicio, de poco sirve intentar sostener que sólo un conjunto de dimensiones es correcto excluyendo a todos los otros. Sin embargo, transcurrido un año desde que identificara cinco dimensiones claves¹¹, creo

¹⁰Véase Mark Klugmann, *op. cit.*

¹¹Esas dimensiones son un eje político (democracia vs autoritarismo), un eje de clase, mezcla racial y participación social (elitista vs popular), un eje cultural (modernidad vs tradicionalismo), un eje económico (liberalismo vs estatismo), y un eje de aceptación vs rechazo del marxismo. Véase Mark Klugmann, *op. cit.*

El estudio de Roberto Méndez confirma un eje de democracia vs autoritarismo, un eje de "participación social"; un eje de conservadurismo vs innovación (que corresponde a mi eje tradicionalismo vs modernidad) y un eje de estatismo vs liberalismo. El ha descrito este estudio como un esfuerzo preliminar. Sin embargo, dentro de esa condición, sus resultados generalmente confirman el modelo que yo he propuesto (véase Klugmann, *op. cit.*). Roberto

que la importancia de este modelo ha comenzado a emerger con creciente claridad tanto en el desarrollo de los sucesos políticos como en el tipo de trabajo de investigación que Roberto Méndez ha llevado a cabo.

Roberto Méndez ha llevado a cabo lo que hasta ahora es el estudio cuantitativo más detallado acerca de las dimensiones políticas en Chile. Naturalmente, tengo mis propios puntos de vista acerca de cuáles serían las preguntas más adecuadas para comprobar mi tesis (y eso es algo que espero pueda hacerse). También comparto con Lucía Santa Cruz y Manuel Antonio Garretón algunas observaciones en cuanto al uso de una u otra palabra en el cuestionario. Pero en esta etapa ese es un punto menor. Y, de hecho, la última encuesta CEP-Adimark (octubre 1991) contiene un excelente estudio de la dimensión cultural/moral de la modernidad vs tradicionalismo, a lo cual ya me he referido. Roberto Méndez haría un gran aporte en realizar investigaciones similarmente detalladas respecto de cada una de las cinco dimensiones planteadas.

Ahora bien, y por otra parte, quisiera referirme brevemente al intento tanto de Roberto Méndez como de Manuel Antonio Garretón de extraer conclusiones respecto de la relación entre dimensiones políticas y el electorado que se autoidentifica con algún partido. A mi juicio, dicho intento presenta serios problemas metodológicos.

El número de personas encuestadas que manifiesta adherir ya sea a Renovación Nacional (RN) o a la Unión Demócrata Independiente (UDI) (11,8% de la muestra) constituye sólo "un tercio" de la proporción que votó efectivamente por RN o UDI. En cambio, aquellos que se autoidentifican con la Democracia Cristiana representan casi el voto total del PDC. La adhesión al Partido Socialista (PS) y al Partido Por la Democracia (PPD) representa cerca del 75% del voto que obtuvieron esos partidos. (Este no es un fenómeno nuevo; similares discrepancias eran visibles en encuestas previas a la elección de 1989.)

Lo anterior significa que la mayor parte de las personas que votaron por RN o la UDI no está incluida en el análisis de las relaciones entre esas colectividades políticas y las dimensiones, en tanto que sí están incluidos "todos" los demócratacristianos y la mayoría, aunque no todos, de quienes votaron por el PS y el PPD. Por tanto, la comparación es desigual.

Es posible, y talvez incluso probable, que Roberto Méndez y Manuel Antonio Garretón estén comparando, inadvertidamente, a adherentes "duros" de RN y UDI con personas que votan eventualmente por la DC.

Méndez no evaluó la dimensión relacionada al marxismo, a pesar de que otros trabajos que él ha realizado parecen sugerir la presencia de una dimensión independiente de esa naturaleza.

Obviamente se trata de dos grupos distintos cuyas disimilitudes van más allá de la ideología.

No es posible hacer generalizaciones acerca de los partidos de la llamada "derecha", menos aún proponer relaciones cuantitativas precisas, cuando por cada votante de RN o UDI que se autoidentifica con ese partido hay "dos" que se ubican a sí mismos en otra categoría y emplean su peso estadístico para influir en los resultados de una manera incommensurable.

Al parecer, es razonable pensar que el modelo multidimensional es del todo necesario para poder comprender al electorado que no está incluido en la comparación: aquellos quienes votan por un partido sin sentirse identificados con él. Estos pueden ser precisamente los sufragantes que escapan al viejo modelo de "izquierda-derecha". Una metodología que simplemente ignora a estos votantes no puede usarse para probar o refutar su existencia.

7. Un futuro democrático

Lo gracioso de la política y el futuro es que la respuesta llegará a su tiempo. Podemos enfrascarnos en interminables discusiones teóricas, pero al final los hechos hablarán por sí solos. Sin embargo, creo que aquellos que intentan anticipar los sucesos o responden a ellos encontrarán de gran utilidad la metodología presentada por Roberto Méndez.

La observación de Roberto Méndez respecto del valor predictivo de su trabajo —en términos de vaticinar resultados electorales— es innecesariamente modesta. Pienso, por ejemplo, que las encuestas de opinión efectuadas por diversas instituciones en 1988 jugaron un papel muy útil en la transición democrática chilena. No por las predicciones realizadas, sino precisamente porque proporcionaron información que permitió a los actores políticos actuar con mayor eficiencia democrática.

Hoy el electorado parece decirnos que no se siente adecuadamente representado, que el "menú" político basado en izquierda y derecha que se le ofrece es insuficiente. Una política multidimensional ajustada a la realidad solucionaría ese problema. No obstante, cabe señalar que un cambio de tal magnitud en el comportamiento de los actores políticos en Chile causaría estragos en los intentos de hacer predicciones. Ese es el precio, sin embargo, de una representación democrática eficiente.

Mientras tanto, tenemos derecho a ser escépticos respecto de aquellos que creen que el público le otorga a la "tercera cifra repartidora" una prioridad mayor que a la legislación que regula el matrimonio, las nulidades y el divorcio. □